

## La treta

*Sonia Ibarra Valdez*

Sentada junto a la ventana, en un pequeño sillón de guinda terciopelo, Virginia meditaba sobre el título de una obra que tenía en proceso. De pronto, su hermano Estiven interrumpió su concentración preguntándole si estaba enterada del plan que tenía su amigo Horacio: subir al Acorazado disfrazado de un príncipe etíope.

—Fantástica idea, yo quiero participar.

—Estás loca.

—Por supuesto que sí, y tú irás con nosotros.

—Ni lo sueñes, no pienso ser parte de esta tontería.

—¡Imagina! Si lo logramos, en los encabezados de los diarios se leerá: «Intelectuales engañan a la Marina inglesa». Será increíble. ¿Dónde está Horacio ahora?

—En su casa, reunido con sus cómplices.

—Vamos, acompáñame.

Virginia salió de casa con una gran sonrisa, en su cabeza el plan ya tomaba forma: los disfraces, el maquillaje, el idioma, subir al barco y regresar a casa a burlarse de todo aquello. Para ella, la única consecuencia que se avecinaba era que una mujer había burlado a los guardianes del océano. Llegaron con Horacio y este, sorprendido, infirió que su plan ya no era tan secreto y que aquellos dos debían participar en su ocurrencia.

—Por los disfraces no te preocupes, Horacio, yo los mando hacer, solo permítanme tomarles las medidas.

—Perfecto, Virginia, y ¿quién será capaz de maquillarnos? Somos tan pálidos que necesitamos un milagro para tener una piel etíope. Ya me encargaré de investigar y consigue una persona capaz de hacerlo.

—Solo nos faltará un pequeño detalle, compañeros: el idioma.

—No seas aguafiestas, Estiven, solo fingiremos que lo hablamos, nadie se dará cuenta del engaño; tú serás el traductor.

—Estás loca, Virginia.

—Ya te dije que sí, estoy demente, pero eso qué tiene que ver con hacer algo divertido. ¡Venga!, sigamos planeando.

Dos semanas transcurrieron para que el grupo tuviera listo todos los detalles de su fechoría. Primero, el telegrama hecho por un usurpador dirigido al secretario del ministro:

*Príncipe Malaken de Etiopía y corte llegan 16:20 h.  
Weymouth. Quiere ver el Acorazado. Lamento último  
momento. Olvidé telegrafiar antes. Llevan intérprete.  
Sir Charles Hardinge*

Llegó la hora: maquillaje, vestuario, príncipe y traductor, las claves para que la aventura fuera un éxito. Todo estaba planeado con cálculo matemático. El secretario no dudó de lo que decían aquellas líneas y lo hizo reenviar al vicealmirante responsable del Acorazado, anclado en el puerto de Weymouth.

A tres horas de distancia, el grupo de artistas, ya en sus representaciones como etíopes, abordan un tren VIP para dirigirse a Weymouth:

—Vamos, practiquemos las palabras que aprendimos, no podemos cometer errores.

—Relájate, Horacio. Todo estará bien, lo hemos ensayado por días.

—Debe ser perfecto, si nos descubren, tú sabes bien, Virginia, podemos ir presos.

—Mírate, luces increíble, en este tren no hay gente más etíope que nosotros, nadie notará nuestras caras pálidas de ingleses. Con las pocas palabras y frases aprendidas es suficiente, mi hermano se encargará de la comunicación.

—Esto es una locura, ¿lo saben?

—Una fantástica locura, hermano. Tomen champaña y cálmense un poco.

—¡Salud!

Al llegar al puerto, ni Virginia ni su comitiva se esperaban tal espectáculo: una alfombra roja desplegada frente al acceso al gran barco, una banda de música que interpretaba melodías en tono bélico; algunos miembros de la Armada los recibieron con todos los honores que se pudieron dar ese día. Nadie se percató del engaño.

—Su majestad, por aquí por favor.

—¡Bunga, bunga!

—Almirante, antes de subir su magnífico buque mi príncipe desea condecorar a algunos de sus oficiales como muestra de agradecimiento por tal bienvenida.

Mientras la banda tocaba el himno nacional etíope, el falso príncipe colocó unas medallas de bisutería barata a cinco miembros de la Marina, los

visitantes no se percataron de la densa nube que se posaba sobre ellos. Una imperceptible llovizna comenzó a caer. Los nervios a ser descubiertos comenzaron a notarse en sus miradas. La lluvia era un factor que no planearon. El maquillaje comenzaba a desvanecerse. El hábil traductor, por ser quien llevaba la conversación de aquel encuentro, pidió ir a un lugar cerrado para que su alteza no se resfriara, pues no estaba acostumbrado a ese inhóspito clima.

Terminaron el acto de bienvenida y entraron al buque. Horacio veía cumplido su sueño de recorrer el imponente y glorioso Acorazado. Inspeccionaron cada rincón de las instalaciones, exclamando las palabras y frases que habían ensayado con anterioridad.

—Pasen por aquí, por favor, tenemos preparado a un fotógrafo para inmortalizar este momento.

—¡Bunga, bunga!

—El príncipe está sorprendido de tan oportuno detalle, almirante.

Virginia estaba eufórica, en su rostro se podía percibir un aire de triunfo que ninguno de los hombres presentes pudo descubrir. Una atrevida y valiente mujer estaba ahí, en ese buque, rodeada de los miembros de la Armada Marina y nadie podía evitarlo. Una carcajada se le escapó y todas las miradas se dirigieron hacia ella. El traductor le habló con falsas palabras tomándola fuerte del brazo, como un indicativo de que debía calmarse.

—Disculpen ustedes, no lo tomen a mal, es una risa festiva por lo visto y compartido en este impresionante buque.

—No se disculpe, por favor, es necesario romper el hielo de la formalidad. Dígales que de igual manera nos alegra tenerles de visita.

Después de permanecer cerca de una hora en el Acorazado, despidieron al grupo con el himno británico «Dios salve a la reina». Los artistas abandonaron el barco y fueron trasladados a la estación del tren para volver a Londres. Entre risas y copas de champaña planearon el toque principal de su fechoría: hacerla pública y poner al descubierto la ingenuidad de las fuerzas armadas.

Contaban con la fotografía que la propia Armada les había obsequiado, donde se apreciaba a los protagonistas de aquel humillante acto; pronto la hicieron llegar al diario sensacionalista de mayor circulación, junto con la narración a detalle de lo sucedido. 48 horas después la escandalosa nota aparecería en la portada del periódico, y en días posteriores varios diarios londinenses hicieron propia la noticia, dándola a conocer como uno de los engaños más grandes de la historia.

—Te lo dije, hermano, no hubo consecuencias y nos divertimos a lo grande.

—Fuimos afortunados.

—Somos unos genios. No transgredimos la ley y le gastamos una de las mejores tretas a la Armada británica, y lo mejor de todo es que una mujer fue partícipe de ella.

—¿Y qué me dices de las amenazas que hemos recibido del almirante?!

—Olvídalas. Será peor para él si se atreve a cumplirlas.

—Estás loca, Virginia.

—Lo sé.

Esa tarde, sentada en su pequeño sillón de guinda terciopelo, Virginia encontró el título de la obra que estaba por concluir: *Fin de viaje*.